

“La Columna”

Francisco Ponce Carrasco
pacoponce@ediho.es
www.franciscoponce.com

Deshojar una margarita

Se trataba de un conjuro y un ritual extraño



En la estantería más recóndita del viejo piso que compré en aquella ciudad llena de polución y gente distante, hallé un libro vetusto y apergaminado que hablaba de ‘Las flores de mayo’.

Movido por la curiosidad me enfrasqué en su lectura, aquella mañana de primavera en la que la añoranza de otros mayos y de otras flores, entraba sutil por la amplia ventana de los recuerdos, que se ensancha con la edad.

Sobre la mitad del libro encontré un trozo de papel prisionero entre las hojas, tenía un texto escrito a mano con tinta azul deslizada con pluma mojada en tintero, algunas líneas se hallaban tan pálidas que sólo al trasluz podía entender lo que decían. Inicie un proceso para interpretar su contenido, me sorprendió ver que se trataba de un conjuro que precisaba de unas palabras y de un ritual extraño cuyo principal ingrediente era una margarita. Pertrechado de lo necesario me dispuse a obtener el beneficio de poder pedir cosas, con sólo anteponer la palabra ‘quiero’:

Quiero escuchar la voz de mi esposa y la risa de mis nietos en la planta alta mientras yo trabajo en el piso inferior. Quiero oírlos en el piso de abajo cuando yo este bajando arriba. Quiero niños que sean niños, que salgan conmigo a jugar cuando llueva y que disfruten pateando los charcos tanto como yo. Quiero un pedazo de tierra en el que mis hijos puedan tener una casa con un amplio jardín de flores. Quiero tener un jardinero que piense que soy importante aunque no sepa en que consiste mi importancia. Quiero escuchar el canto del gallo por la mañana.

Quiero algunos buenos amigos con los que no necesite ser cortés y que me cuenten sus problemas, que sean capaces de citar a Sócrates y contar chistes subidos de color, que hablen de filosofía y a la vez usar palabras gruesas con la misma sinceridad, amigos que posean una opinión definida sobre la gente y las cosas, que tengan sus propias creencias y respeten las mías.

Me puse en pie apoyado en mi bastón, arranque el último pétalo de la margarita, estrujé su desnuda corola que manchó de amarillo la palma de mi mano y lancé mi postero: Quiero que el sol caliente mi rostro y mi cuerpo, en esta mañana de primavera.

Quiero niños que sean niños y que disfruten pateando los charcos tanto como yo